

otra vez: y este encargo lo he recibido de mi Padre¹. ¿Veis, cristianos, cómo Jesús se acredita Hijo de Dios, así por su muerte como por su resurrección? Y ¿será preciso recordar aquí cómo cumple el Salvador su promesa de resucitar al día tercero de su muerte? ¿no lo sabe todo el mundo? ¿no consta del modo más incontestable que Jesús resucitó verdaderamente: *surrexit vere* ²?

7. Muere otrosí Jesucristo como rey de la naturaleza, trastornando, para llamar fuertemente la atención del hombre, la leyes físicas que la débil razón humana se figura inmutables y superiores al mismo imperio soberano del Hacedor del mundo. Mas ¿quién puede con la historia en una mano y con la ciencia en la otra, desmentir los acontecimientos prodigiosos del Calvario? ¿qué esfuerzos de la ciencia escéptica han bastado para explicar esos sucesos como fenómenos del orden natural? Ciudad, si podéis, las leyes de la naturaleza según las cuales el eclipse central del sol debió verificarse en aquella época, en aquel día y aquella hora, siendo así que está científicamente demostrada su natural imposibilidad. Y, sin embargo, aquel hecho tuvo lugar á la faz del mundo entero que quedó sumergido en las tinieblas desde el mediodía hasta las tres de la tarde, por testimonio incontestable de San Mateo³. Decidme por qué tuvo lugar en el punto mismo en que exhalaba el último aliento el divino Crucificado aquel estremecimiento convulsivo de toda la naturaleza y el rajarse los peñascos y abrirse, cual si estallasen, los sepulcros, como si los elementos y las mismas piedras hubiesen querido manifestar su duelo por la muerte de su autor, habiéndose

¹ Io. 10, 18.² Luc. 24, 34.³ Matth. 27, 45.

dose en efecto dejado oír aquel grito misterioso que refiere Plutarco: *¡El gran Todo ha muerto!*¹ Negad en fin ó explicad racionalmente, sin el concurso sobrenatural, cómo en aquel mismo instante en que los sepulcros lanzaban á los muertos, el velo del templo de Jerusalén se rasgaba de alto á bajo con universal espanto de los concurrentes, como en día de horrible cataclismo. La incredulidad, hermanos míos, después de haber agotado sus recursos para negar, falsificar ó tergiversar estos hechos portentosos, apoyados no sólo en la narración evangélica sino en la historia profana y en la tradición más respetable, no ha logrado más que exhibir su impotencia y mala fe, suministrando, como observa un moderno apologista, nuevas demostraciones de la divinidad del Redentor². Más lógico un célebre sofista del siglo décimotercero³, forzado por el cúmulo de rasgos maravillosos que rodean la muerte de Jesús, hubo de confesar: «Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios.»

8. ¿Queremos aun más pruebas de que el que ha muerto en esa cruz es, como lo reconoció el Centurión, el verdadero Hijo de Dios? Fácil es exhibirlas en las demás circunstancias de esa muerte excepcional. En efecto, advertid que muere exclamando: *Consummatum est*⁴, es decir, consumando en aquel punto, punto de partida de la nueva era de la humanidad, los oráculos repetidos en cuarenta siglos, cerrando el antiguo Testamento y abriendo el nuevo, calmando la ansiedad y

¹ Matth. 27, 51. Aug. Nicolás, Divin. de Jesucristo cap. 12.² Ibid. ³ Juan Jac. Rousseau, apud Aug. Nicolás l. c.⁴ Io. 19, 30.

el desasosiego de las antiguas generaciones, y fijando el porvenir de todas las generaciones modernas. Advertid que, mientras los reyes y los grandes hombres acaban su reinado con la muerte, el que aquí muere ajusticiado en infame patíbulo, empieza su reinado glorioso é interminable: *Regnavit a ligno Deus*¹, atrayendo hacia el pie de su cruz á pueblos y monarcas, inteligencias y corazones, todas las grandezas humanas, así en el orden del espíritu como en el de la fuerza. Y todo esto se verifica exactamente según él lo había profetizado: *Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas*². Una muerte que, burlándose de la muerte misma, vencida por ella, ha podido decirle: *¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿dónde está tu aguijón?*³ decid, hermanos carísimos, ¿no es la muerte que correspondía al Hijo de Dios, dado caso que él quisiera morir en naturaleza mortal? Pues bien; vamos todavía á admirar en esa aparente derrota un verdadero triunfo, reconociendo que si Jesús muere, es para hacer al hombre hijo de Dios, que es el asunto de la tercera parte.

III.

9. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, dice el Apóstol, envió Dios á su Hijo para que redimiese con su sangre á aquéllos que vivían bajo el yugo de la ley, á fin de que recibiésemos todos la adopción de hijos de Dios⁴. Tal ha sido el designio del Señor al redimir al hombre, hacerlo de esclavo hijo de Dios. Pero diréis por ventura: ¿no lo era ya por el mero título de su creación, por haber sido formado á imagen y semejanza

¹ Eccl. in hymn. ² Io. 12, 32. ³ I Cor. 15, 55.

⁴ Gal. 4, 5.

del Criador? No, cristianos, á no ser en un sentido lato; porque la verdadera y propia filiación divina, siquiera sea de adopción, cual puede convenir á una pura criatura, requiere por título especial un cierto género de participación del ser divino, de otro orden muy distinto é infinitamente más subido que el simple orden de la naturaleza. Verdad es que el primer hombre pudo ya gloriarse de ser hijo de Dios en sentido propio; pero eso fué por haber sido gratuitamente levantado á aquella condición sobrenatural. Perdida la gracia original por el pecado, nacieron todos sus descendientes, á excepción de María santísima, *hijos de ira y maldición*¹; y en ese miserable estado vivieron y murieron la mayor parte de los hijos de Adán, á los que las divinas Letras denominan para su confusión y oprobio *hijos de los hombres*². Ved ahí al género humano dividido ya en dos grupos, pequeño el uno, el de los hijos de Dios, inmenso el otro, el de los hijos de los hombres: en este último grupo aparecieron dominándolo aquellos famosos gigantes, los grandes obreros de la primera civilización pagana. De aquí, con el olvido de Dios y hasta de las primeras tradiciones de la humana familia, con la degradación profunda en que vino á caer la humanidad, sobrevino nuevo diluvio universal de corrupción en que perecieron las almas, como antes habían perecido los cuerpos, y la filiación de Dios desapareció casi por completo, no quedando más que algunas pocas almas escogidas, como precioso germen de la futura regeneración.

10. En efecto, hermanos míos, ¿dónde encontrar en el hombre de la sociedad pagana, aun en su estado de mayor cultura material y moral, aquellos nobles rasgos

¹ Eph. 2, 3. ² Gen. 6, 2.

de la fisonomía de Dios, que atestigüen su divino abo-
lengo? ¿dónde hallar algún hombre, uno siquiera¹, de
aquéllos que, según la enérgica frase de San Juan, *no
de la carne y de la sangre, ni de la voluntad de varón,
sino de Dios han nacido*²? Lo buscaríamos en vano allí
donde, según la pintura de un testigo divinamente au-
torizado para anatematizar los desórdenes de la sociedad
griega y romana, la abominación del desenfreno había
roto todos los diques, entregado al hombre sin pudor
ni remordimiento á los más repugnantes excesos de la
sensualidad³. En medio de aquel asqueroso cenagal que
nos hace tocar el Apóstol San Pablo en el primer ca-
pítulo de su carta á los romanos, decidme ¿cómo pu-
diera encontrarse, á no ser manchada y hecha pedazos,
la augusta imagen de un Dios todo espíritu, todo san-
tidad? No, no hallaréis allí sino la imagen de Satanás,
de quien ya todos los hombres eran hijos espurios,
atentos á cumplir en todo los deseos y mandatos del
infernál padre⁴. Dejad que venga al mundo el Verbo
de Dios, Creador y Reparador del universo: dejad que
á precio de sangre rescate en esa cruz á la desventurada
raza esclavizada por Satanás y aherrojada con los grillos
de sus mismas pasiones: dejad que expire en un patí-
bulo llamando *Padre* al mismo Dios que tan duramente
lo hiere, y entregando el espíritu en manos de su Pa-
dre: dejad en fin que descienda ya exánime y des-
coyuntado de la cruz.... ¡Oh! entonces sí veréis reflore-
cer la vida moral, la vida del espíritu, y será reprimida
hasta el heroísmo la rebeldía de la carne, y poblarán
la tierra pacíficamente los nuevos hijos de Dios⁵. ¡Oh

¹ Rom. 3, 12.² Io. 1, 13.³ Rom. 1, 24 sqq.⁴ Io. 8, 44.⁵ Matth. 5, 9.

triunfo incomparable! ¡oh victoria nunca vista! y el que
tal hace, y el que obra, muriendo, tales prodigios de
omnipotencia y de virtud ¿no será, como lo ha pro-
clamado el Centurión, el verdadero, propio y natural
Hijo de Dios?

II. ¡Oh, sí, carísimos oyentes! y el mundo moderno,
el mundo de nuestros mismos días que pretende em-
puñar el cetro de todas las ciencias, atestigüa nuestra
fe con sus nuevos y vergonzosos extravíos. El mundo
moderno rehusa tributar á Jesucristo el homenaje que
reclama la dignidad de Hijo unigénito de Dios. Pero
ese mundo desbarra miserablemente. ¿*Quién es*, dice
San Juan, *el que vence al mundo, sino el que cree que
Jesús es Hijo de Dios?*¹ Á esta fe está vinculada la
victoria sobre las viles pasiones que hacen del hombre
el ser más degradado, cuando, olvidando la nobleza de
su condición, se deja arrastrar por ellas al abismo del
desorden. Renegad de esa fe en Jesús Hijo de Dios,
como ha renegado el mundo apóstata, y no tardaréis, por
fuerza lógica inflexible, en veros avasallados por los prin-
cipios y máximas del más repugnante sensualismo. De-
jad que se amortigüe vuestra santa fe católica, y bien
pronto la moral purísima del evangelio se verá reempla-
zada en las costumbres por la asquerosa moral de Epi-
curo. Y, lo que es aun más degradante, estas doctrinas
infames, estigmatizadas por el fallo de toda conciencia
honrada, se verán aparecer en las escuelas con preten-
siones de sistemas científicos. Los hechos contemporáneos
lo atestigüan. Y, supuesto que no son ni pueden ser
hijos de Dios los esclavos de la carne y del pecado,
es evidente que sólo á nuestra fe está vinculada la ver-

¹ I Io. 5, 5.

dadera filiación de Dios. Ahora, cristianos, que venís llenos de fe y amor á honrar los funerales del Hijo de Dios crucificado y muerto por nuestra salvación, volved al Calvario y decid á Jesús con íntimo afecto de vuestra alma: Descended ya de esa cruz, divino Salvador nuestro: abandonad ya el campo de batalla para recoger por trofeos el amor de vuestros redimidos. Aquí tenéis el tributo de millares de corazones purificados por la virtud divina de vuestro sacrificio. Descended, pues, y acompañaremos vuestros sagrados despojos hasta el sepulcro nuevo donde, sepultados también nosotros con nuestros viejos vicios, aguardaremos en paz la hermosa aurora del nuevo día de la resurrección. Así sea.

SEGUNDO SERMÓN DEL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(predicado en la Catedral de San José de Costa Rica, el Viernes Santo de 1882).

Si Filius Dei es, descende.
Si cres Hijo de Dios, baja (de la cruz).
Matth. 27, 40.

1. ¡Cristianos! El sacrificio está consumado. La grande obra de la redención del género humano está concluída. El Redentor acaba de expirar sobre el altar de su voluntaria inmolación: yace exánime en la cruz. ¿No le veis? Es un hecho incontestable: no le queda ya resto de vida. Los ministros del Pretor han venido á reconocer el cadáver que José de Arimatéa ha pedido para darle sepultura, y han vuelto satisfechos porque *le han visto muerto*¹. Y un soldado, para más asegurarse, le ha

¹ Io. 19, 33.

traspasado con atroz lanzada el corazón.... ¡Misterio augusto é impenetrable á la débil razón humana, la muerte de un Dios! ¿Cómo? se dice sobresaltada y rebelde: ¿Dios morir? ¿El Criador de cielo y tierra por quien y para quien todo vive¹, dejar de vivir? Y, si esto es cierto, ¿cómo no se hundan cielo y tierra? Y un cataclismo universal ¿por qué no rompe de una vez la armonía de la creación? ¿Cómo no queda sepultado el universo entre sus propias ruinas? Pero no... no nos dejemos abismar nosotros mismos en el piélago de nuestra ignorancia, ó, si se quiere, en este océano insondable de misterios. Antes bien, postrados, como María, al pie del sagrado leño, de hinojos como los fieles discípulos que, antes de recoger los divinos restos del Crucificado, los adoran con profunda reverencia, adoremos también nosotros el sacrosanto cuerpo pendiente de esa cruz: *Venite adoremus!* La fe, la humildad, la compunción nos dejarán entrever las altísimas verdades que para el orgullo vano y la curiosidad impía son tinieblas aun más espesas que las que en este instante empiezan á desvanecerse en derredor del Calvario. Digamos por tanto con la Iglesia: *Adorámoste, Cristo, y bendecímoste*, etc.

2. Satisfecha así la necesidad de dar una ligera expansión á nuestros sentimientos de fervorosos creyentes, vamos ahora á acompañar á los piadosos varones José y Nicodemus, que se disponen ya para descolgar de la cruz y dar honrosa sepultura al cuerpo del Señor. Después seguiremos el fúnebre cortejo hasta dejar á nuestro Padre en el lugar de su descanso. ¡Ojalá que las lágrimas de una sincera contrición honraran, más que la pompa exterior, los funerales del Dios crucificado!

¹ Regem cui omnia vivunt (Invit. offic. defunct.).